



PRÓLOGO

Nací la noche de Samhain, cuando la barrera entre los mundos es delgada como un susurro y cuando la magia, la vieja magia, canta su dulce y apasionante canción a todo el que quiera oírla. Mi madre luchó toda la noche, y cuando finalmente me empujó a este mundo, mi abuela se inclinó sobre mí, formando con sus dedos arcanas figuras y murmurando en una lengua que solo ella conocía.

—¿Qué ocurre? —jadeó mi madre, volviendo su rostro contra la almohada impregnada de esencia a lavanda—. ¿Qué está ocurriendo?

Al fin mi abuela le contestó, con tono triunfal:

—Tu hija será una de las más poderosas que jamás hayamos tenido en esta familia. Será una luz para guiarnos a todas.

Siempre me he preguntado cómo reaccionó mi hermana mayor, Rowena, a la que habían permitido estar en la habitación, ante semejante afirmación. Nadie menciona esa parte de la historia, pero me hubiera gustado saborear el único momento en el que yo, y no Rowena, era el centro de atención, como el sol y la luna y las estrellas.

Dicen que no lloré al nacer, que no emití sonido alguno, pero que abrí mis ojos inmediatamente y los contemplé a todos con una mirada de tranquilidad y calma.

Como si hubiera visto ya muchas cosas, susurraba mi madre, tocando mis dedos y luego mi cara.

Bueno, si había visto algo, hace mucho que he olvidado qué era, y en cuanto a lo que mi abuela prometió, eso también se ha olvidado. O más que olvidado, se ha roto definitivamente en pedazos.

Incluso ahora, diecisiete años más tarde, todavía sorprende a mi madre con la mirada fija en mí y sé que se pregunta qué hizo para perder a la niña que le habían prometido y obtenerme a mí a cambio. También yo me pregunto si mi abuela alguna vez recuerda el eco de sus palabras: *una de las más poderosas... una luz para guiarnos*. Lo dudo.

La historia fue contada con ilusión hasta que llegó mi octavo cumpleaños. Entonces, la familia entera se reunió y cantó mientras mi madre encendía los ocho cirios dorados que representan los cuatro elementos y los cuatro puntos cardinales. Después me observaron, algunos abiertamente, otros de forma furtiva.

¿Y qué hice yo?

Nada. Nada en absoluto.

Nada de lo que se suponía que debía hacer, al menos. Después de un rato, me cansé de que todos me mirasen y luego se mirasen entre sí, así que fui apagando todas las velas, acomodándome en la penumbra mientras comía dos grandes trozos del pastel de cumpleaños. Con el tiempo, se fue produciendo un goteo de gente de vuelta a sus casas.

Provengo de una familia de brujas. Todos y cada uno de los miembros de mi familia hasta llegar a mi prima más pequeña han manifestado su Talento particular sin falta justo antes de haber alcanzado los ocho años de edad (nunca más tarde).

Excepto yo.

Nueve años han pasado desde aquel cumpleaños y sigo sin haber manifestado nada. Ni una gota, ni media gota, ni siquiera un cuarto de la mitad de la mitad de una gota de magia recorre mis venas.

Y con respecto a lo que mi abuela dijo sobre mí (*una de las más poderosas... una luz, etcétera, etc., etc.*), todo ello viene a demostrar que, en contra de la creencia popular, incluso las brujas más viejas y sabias pueden equivocarse por completo.